

# LA FLOR DEL VALLE.

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

**DON JUAN DE ARIZA.**

MÚSICA DE

**DON LUIS ARCHE.**

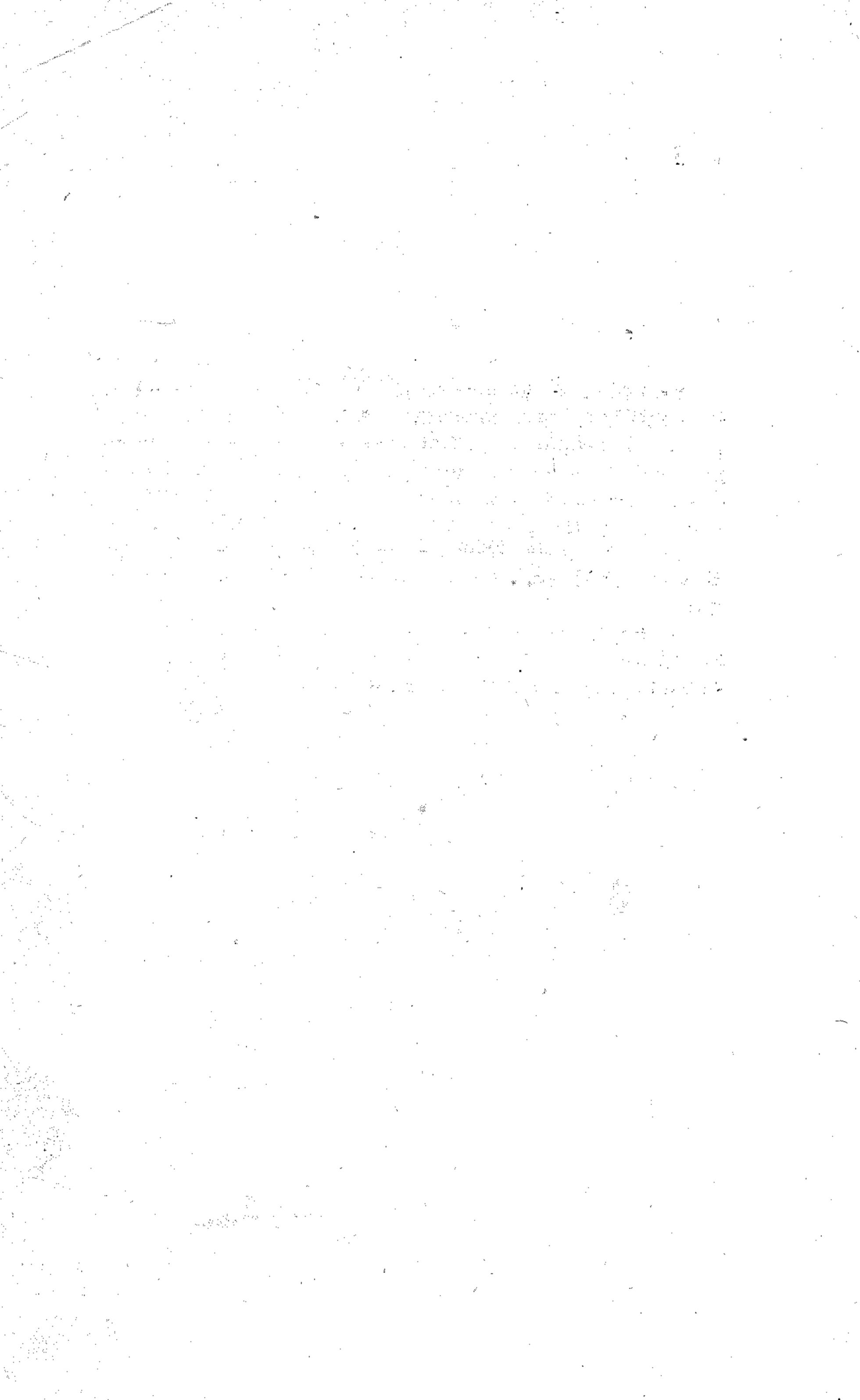
Estrenada en el teatro del Príncipe el día 27 de marzo de 1853.



N.º 208.

MADRID.

IMPRESA A CARGO DE C. GONZALEZ: CALLE DEL RUBIO, N.º 14.  
1853.



Esta obra es propiedad del **CIRCULO LITERARIO COMERCIAL**, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y 5 de Mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

## PERSONAS.

## ACTORES.

MARIA. . . . .	DOÑA JUANA SAMANIECO.
JACINTA. . . . .	DOÑA MARIANA CHAFINO.
SANCHO. . . . .	DON ANTONIO PIZARROSO.
FERNANDO. . . . .	DON ANTONIO LOZANO.
ZENETE. . . . .	DON CALISTO BOLDUN.
NUÑO. . . . .	DON FERNANDO NAVARRO.
UN SOLDADO. . . . .	DON FERNANDO GUERRA.
UN MORISCO. . . . .	DON JOSÉ SINEO.

MORISCOS, MORISCAS Y SOLDADOS.

La escena en el valle de Lerin. Epoca 1571.

# ACTO ÚNICO.

En primer término á la derecha la fachada de una alquería, con un emparrado á la puerta y algunos olivos que la sombrean y se prolongan hasta la inmediata colina: á la izquierda un espeso y frondoso olivar. En segundo término dos montes de mediana altura, entre los cuales corre un rio bastante inclinado á la izquierda. Sobre este rio un puente practicable que une las faldas de los montes. En último término tres cordilleras de montañas, cortadas por profundos valles. Es de noche.

## ESCENA PRIMERA.

SANCHO.—NUÑO.

*(Se oyen varios toques de caracol, que responden los unos á los otros, y repiten los ecos de los montes. Algunos moriscos aparecen y desaparecen en las montañas, y los demas cantan ocultos. Los ecos repiten sus cantos. Sancho y Nuño cruzan el puente, embozados en anchas capas, y se paran junto al olivar.)*

1.<sup>a</sup> Voz. Son las diez.

2.<sup>a</sup> Voz. Entiendo.

3.<sup>a</sup> Voz. Entiendo.

1.<sup>a</sup> Voz. Las hogueras preparad.

VOCES. Zambra, zambra.

OTRAS. Estruendo, estruendo  
la velada de san Juan.

TODOS. De los montes descendiendo

luminarias preparad.  
Zambra, zambra, estruendo, estruendo,  
la velada de san Juan.

SANCHO. Aquella es, Nuño, la casa  
que el rico tesoro esconde,  
á quien llaman FLOR DEL VALLE,  
y lucero de la noche.

NUÑO. Convengo en que á las mujeres  
llamen rosas, llamen flores,  
porque clavan sus espinas  
en el corazon del hombre.  
Mas quien las llame luceros  
peca de bellaco ó torpe,  
que para mejor cegarnos  
túpida venda nos ponen.  
Dadme, señor capitan,  
pronto vuestras instrucciones,  
que estamos solos aquí  
y muy oscuro ese bosque.

SANCHO. ¿Tienes miedo?

NUÑO. Los moriscos,  
aunque vencidos, recorren  
en cortas tropas los valles,  
descendiendo de los montes;  
y, francamente, no quiero  
que me cojan y me ahorquen.

SANCHO. En este sitio, hará un año  
por noviembre...

NUÑO. ¿Cómo?

SANCHO. Oye.  
Despues de un hermoso dia  
de lanzadas y mandobles,  
en el que morisca sangre  
manchó sus toscos jubones,  
á una milla de los Guájaras  
me sorprendió oscura noche.  
Yo, con cuarenta caballos  
y con ochenta peones,  
tomé la vuelta de Pinos  
cruzando breñas y montes.  
Mas apenas descendí  
al barranco de los robles,

cuando, desde la montaña  
rodando piedras enormes,  
en mis soldados pusieron  
los moriscos el desorden.  
„Sálvese quien pueda” dicen  
los mas cobardes á voces,  
y el contagioso pavor  
á los mas bravos imponen.  
Grito, amenaza, acuchillo,  
mis mandamientos desoyen,  
y huyendo mas se dispersan  
por no recibir mis golpes.  
Tan oportuna ocasion  
aprovechan los traidores,  
y acuchillan á mansalva  
mis deshechos escuadrones.  
Combato solo, el caballo  
pierdo, la espada se rompe  
entre mis manos, y herido,  
sin fuerzas ni defensores,  
perseguido muy de cerca,  
llegué á estas inmediaciones.  
Encuentro cortado el puente;  
quiero entrar en ese bosque,  
y, armado de un arcabuz,  
el paso me cierra un hombre.  
—¿Quién va?—le pregunto airado.—  
—Un morisco—me responde.—  
¿Quién viene?— á su vez pregunta.—  
Y yo, sin medir entonces  
el riesgo:—El capitan Sancho—  
le replico.—¿Y así espone  
su vida el capitan?—Vida  
de vergüenza y de dolores.—  
¿Desarmado estais?—Me queda  
esta daga.—¿Tambien corre  
vuestra sangre?—Sí, qué importa?  
Pronto mis perseguidores  
llegarán aquí.—Ya escucho  
poco distantes sus voces.  
Capitan, este caballo  
tomad; es fuerte y es noble.  
A nado cruzad el rio,

y sin que nadie os lo estorbe  
os guarecereis de Pinos  
bajo las moriscas torres.  
—¿Eres morisco?—Sí.—¿Cómo  
me prestas tales favores?—  
—Quien bien al fuerte combate,  
mejor al débil socorre.—  
—¿Vive Dios!—Estais herido  
y desarmado; se oyen  
los gritos cerca.—¿Quién eres?  
—Nada os importa mi nombre.—  
—¿Cómo os pagaré?—Es muy fácil.  
De la guerra los rigores  
no han cesado; recordad  
que en una lóbrega noche  
os dio la vida un morisco,  
y tratadlos como á hombres.  
—Morisco, toma: mi daga  
te entrego, para que conste  
que soy tu deudor, y puedas  
todas mis obligaciones  
recordarme.—La recibo  
en prenda; para que obres  
como quien debe la vida  
á los que llamais traidores.—  
—Yo te empeño mi palabra.—  
—Acortemos de razones,  
que mis hermanos se acercan,  
y no quiero que te acosen.—  
Me presentó su caballo,  
monté y me alejé al galope.  
Al partir me dijo:—Luego  
que estés en seguro, ponme  
en libertad mi corcel,  
para que á mi casa torne;  
pues el hombre sin bridon,  
ya lo estais viendo, no es hombre.—  
Luego que á Pinos llegué  
cumplí fielmente su orden;  
pero aun no sé á quien debí  
tan señalados favores.  
Desde aquel solemne dia  
en todas mis escursiones,

he tratado á los moriscos  
á mi promesa conforme.  
Pero ya tanto la fama  
volaba de mis rigores,  
que me temen y pronuncian  
con execracion mi nombre.

NUÑO. Me ha sorprendido el relato;  
pero el peligro de entonces  
hace que tema el presente,  
y...

SANCHO. Te comprendo. A las doce  
á labarse rostro y brazos  
con algazara y desorden  
se precipitan al rio  
los mancebos y las jóvenes  
que acuden en tren de fiesta  
por estas inmediaciones.  
Tú aprovechando el bullicio,  
es necesario que logres  
apoderarte al momento  
del lucero de la noche.  
Para lograrlo, traerás,  
y ocultarás en el bosque,  
de nuestros bravos infantiles  
los mas fieles y mejores,  
que yo con varios ginetes  
y con caballos veloces  
te esperaré, no distante,  
para que el plan no malogres.

NUÑO. Se hará como lo mandais,  
señor capitan.

SANCHO. Entonces  
retirémonos.

NUÑO. Ya es hora.

SANCHO. Serás valiente?

NUÑO. Y no torpe.

*(Empiezan á brillar algunas hogueras en las montañas, que se van aumentando progresivamente. Sancho y Nuño van á retirarse por el puente, y se encuentran con Zenete.)*

## ESCENA II.

SANCHO.—NUÑO.—ZENETE.

- NUÑO. ¿Quién va?  
ZENETE. (Me vieron.) Yo soy un consumido vegete.
- NUÑO. ¿Cómo te llamas?  
ZENETE. Zenete.
- NUÑO. ¿Adónde vas?  
ZENETE. Señor, voy si su merced lo permite, á esa risueña alquería porque me espera María.
- NUÑO. ¿Te espera?  
ZENETE. Voy de convite.
- NUÑO. ¿Te ha convidado?  
ZENETE. Aunque viejo, yo, señor, soy un morisco muy alegre y nada arisco, que tengo mucho gracejo. Salto como un gorrion, canto como una cigarra; rasgo un poco la guitarra: de modo, que no hay funcion, merendona ni jaleo en este frondoso valle en que no luzca mi talle y resuene mi gorjeo.
- NUÑO. ¿Cantas?  
ZENETE. Como un ruiseñor.
- NUÑO. ¿Bailas?  
ZENETE. Como un arlequin. Toco la bandurria en fin, con tantísimo primor, que esta noche de San Juan, prometo ser la alegría del valle.
- NUÑO. Por vida mia que eres un buen perillan.

SANCHO. Vamos.

NUÑO. Vámonos, señor.

Mas juro que este fullero  
trae mas trazas de tercero  
que de músico y cantor.  
*(Se van por el puente.)*

### ESCENA III.

ZENETE.

Se alejan... ¿quiénes serán?  
Con esos sombreros gachos  
esas capas y mostachos  
graves recelos me dan.  
Mas si se alejan de aquí,  
vayan con feliz destino,  
pues dejan franco el camino  
á don Fernando el Ferrí.  
Y pues tiempo y ocasion  
los embozados me dejan,  
voy, en tanto que se alejan,  
á cumplir mi comision.

### ESCENA IV.

ZENETE.—MARIA.

MARIA. ¡Zenete!

ZENETE. Zenete soy,  
FLOR DEL VALLE celebrada,  
que de tu amante, embajada  
traigo, como siempre, hoy.

MARIA. ¿Qué quiere Fernando?

ZENETE. Verte,  
flor la mas bella y querida,  
que halla á tu lado la vida,  
y lejos de tí la muerte.

MARIA. Yo encuentro en verlo tambien  
vida, y un placer supremo;

pero al mismo tiempo temo  
que esté en peligro mi bien.  
Persíguenlo con rigor  
cual si fuera un homicida...  
puede costarle la vida,  
Zenete amigo, mi amor.

ZENETE. ¿No vive siempre pensando  
ausente de tí, María,  
y en esa lenta agonía?...

MARIA. En dónde está don Fernando?

ZENETE. Al otro lado del río.  
Llámelo tu dulce voz  
y aquí llegará veloz  
en su amante desvario.

MARIA. Su resolución me espanta,  
y el peligro me detiene.

ZENETE. A verte y hablarte viene  
decidido.

MARIA. Pero...

ZENETE. Canta.

MARIA. La noche amiga con tupido velo  
callada encubre misterioso amor;  
y cada estrella que tachona el cielo  
sirve de faro al mísero amador.  
Amando vivo solitaria y triste,  
fija en mi pecho mi sin par pasión.  
Un solo bien encuentro en cuanto existe,  
suya es la vida, suyo el corazón.

Ay de mí!

Ay de mí!

Ay de mí! ¡Ay de mí!

Ven á mí, yo te adoro rendida,  
en tu ausencia me mata el dolor;  
ven á mí, nada importa la vida,  
pues morimos ausentes de amor.

FERN. *(Oculto.)*

Cuánto suspiro en congojoso duelo  
lejos de tí, que calmas mi dolor,  
mas ya concede bondadoso el cielo  
algún alivio á mi constante amor.  
Entre las sombras de la noche triste

faros tus ojos seductores son.  
Mi alma te di cuando tu amor me diste,  
y crece pura mi sin par pasion.

Ay de mí!

Ay de mí!

Ay de mí! ¡Ay de mí!

Voy á tí, y á tus plantas rendida  
deje el alma su intenso dolor,  
voy á tí, yo desprecio la vida,  
que mi vida se cifra en tu amor.

CORO.

*(Oculto.)*

A las plantas de un ángel rendida  
deja el alma su intenso dolor,  
y desprecia el amante la vida,  
pues la vida es un sueño de amor.

ZENETE. Ya ves cómo ha respondido  
en amante cantinela  
á tu cancion.

MARIA. Y aun resuena  
su grata voz en mi oido.  
Y su acento apasionado,  
sus palabras amorosas,  
como flechas presurosas  
en mi pecho se han clavado.  
Quise alejarlo, y mentí  
de palabra y por escrito;  
verle, hablarle necesito...

ZENETE. Pues ya le tienes aquí.

## ESCENA V.

MARIA.—FERNANDO.—ZENETE.

FERN. ¡Mi hermosa Flor!

MARIA. ¡Mi Fernando!

FERN. ¿Qué tienes?

MARIA. Ansiaba verte,  
y, por miedo de perderte,  
bien lo ves, estoy temblando.

FERN. No turbes, mi hermosa Flor,  
mis extásis de alegría,  
y no pienses, alma mia,  
mas que en nuestro casto amor.  
Solos, amantes, aqui...  
*(Reparando en Zenete.)*

ZENETE. *(Me mira con rostro torbo...  
Esto es decirme que estorbo.  
Vigilaré desde allí.)*  
*(Se retira.)*

FERN. Solos, amantes, un mundo  
tenemos para los dos,  
en el que nos brinda Dios  
un placer santo y profundo.  
Y las horas de amargura  
horas son de placer, cuando  
van lentamente labrando  
un instante de ventura.  
Porque yo que no te veo  
todo cuanto el alma ansía;  
yo, que paso noche y dia  
con la fiebre del deseo;  
yo, que pido una querella  
tuya al cefirillo leve,  
y busco sobre la nieve  
de tu breve pié la huella;  
yo, que en loco desvario,  
adivino sin enojos  
si van perlas de tus ojos  
en los cristales del rio;  
yo, que en mi febril deseo  
llevo un tósigo de muerte,  
comprendo el placer de verte  
por lo poco que te veo.

MARIA. Yo, Fernando, que suspiro  
lejos de tí con espanto;  
yo, que vierto triste llanto  
cuando te escucho y te miro,  
debo ingénua confesarte,  
y culpo en ello á mi suerte,  
que si sufro con no verte,  
sufro tambien con hablarte.  
Y no pienses que no pido

á la brisa que murmura  
una frase de ternura  
ó de dolor un gemido.  
Que no busco del nogal  
en la bruñida corteza  
las protestas de firmeza  
grabadas por tu puñal;  
ni que mi vista se aparta  
de aquella nevada loma  
de do parte la paloma  
mensagera de tu carta.  
No pienses que no suspiro,  
temblando por nuestro amor,  
si oigo de audaz cazador  
entre las breñas un tiro:  
pero como siempre veo  
al castellano iracundo,  
lucha mi temor profundo  
con mi constante deseo.  
Y si te lloro apartado  
con amante frenesí,  
tiemblo mil veces por ti  
cuando te tengo á mi lado.  
Que, sin dejar de adorarte,  
hace mi enemiga suerte,  
que, sufriendo con no verte  
sufra tambien con hablarte.  
Dices bien, hermosa Flor;  
tu dolor es infinito,  
porque el amor del proscrito  
es de lágrimas amor.  
¿Y cuál el delito es?  
¿Cuál es el crimen, María,  
que me impide noche y dia  
vivir amando á tus piés?  
Es que en los ásperos riscos  
mi acero siempre encontraban  
todos los que acuchillaban  
á los dispersos moriscos.  
Que, constante defensor  
del huérfano y la viuda,  
di á los vencidos ayuda  
contra el fiero vencedor.

FERN.

Que combatí denodado  
con bravura y con afán,  
no por la ley del Corán,  
sino por el desgraciado.  
Y, llamando rebeldía  
á mi varonil firmeza,  
pregonaron mi cabeza  
por asesino, María.  
¡Asesino yo!

MARIA. Fernando!

FERN. Asesino yo!...

MARIA. ¡Ay de mí!

FERN. ¿Qué tienes?

MARIA. No hables así.

¿No ves cómo estoy llorando?  
Quieren tu muerte.

FERN. Deten

las lágrimas en tus ojos  
que renuevan mis enojos  
esas lágrimas, mi bien.  
Y llevan á mis heridas  
tanta hiel, veneno tanto,  
que no pagáran tu llanto  
con el precio de mil vidas.  
Enjúgalas... siento hervir  
la sangre de mi linage,  
noble, ardiente, abencerrage,  
y lidiar quiero y morir.  
Un caballo y una espada  
en mi amante desvario  
busco...

MARIA. No, Fernando mio.

(*Movimiento de Fernando.*)

¿Qué tienes?

(*Coge la mano.*)

FERN. No tengo nada.

Estoy tranquilo: tu acento  
apaga mi enojo insano,  
como calla el oceano  
de su Dios al mandamiento.  
Soy feliz: la mansa brisa  
tu undoso cabello mueve,  
y sobre tu boca breve

vaga una dulce sonrisa.  
Tu mano pequeña y blanca  
á mis toscas manos juntas,  
y las aceradas puntas  
de mi corazon arranca.  
Tú, sobre mi pecho herido  
reposas la tersa frente,  
y se borran de repente  
cuantas penas he sufrido.  
Me bañas en tu mirada...  
me embalsamas con tu aliento...  
me adoras... Estoy contento...  
Soy feliz... no tengo nada.

MARIA. Yo tambien siento, amor mio,  
un bien estar que consuela,  
y algun angel santo vuela  
por este valle sombrío.  
Con mil ensueños de oro  
disfruto placer intenso;  
quiero pensar, y no pienso,  
no quiero llorar, y lloro.  
Pero mis lágrimas son  
de una dulzura infinita:  
vierto ese llanto que quita  
un peso del corazon.  
¿Me estás escuchando?

FERN.

Sí.

MARIA.

¿Y á risa no te provoco?

FERN.

No. Me estás volviendo loco  
de amor.

MARIA.

Unidos, aquí  
pasarán hora tras hora  
las de la noche callada,  
sin que nos perturbe nada  
hasta que brille la aurora.  
Nuestra dicha no tendrá  
mas testigos que las flores,  
y nuestros castos amores  
este valle guardará.  
Tú me repetirás...

FERN.

¿Qué?

MARIA.

Que me idolatras.

FERN.

Sí, sí.

- MARIA. Y yo que te adoro á tí  
una y mil veces diré.
- FERN. ¡Oh!
- MARIA. No me interrumpas, no.  
Quiero mostrarte el tesoro  
de mi amor.
- FERN. ¡Cuánto te adoro!  
(*Se van presentando en las sierras, moriscos y  
moriscas con farolillos de colores.*)
- MARIA. ¡Mucho?
- FERN. ¡Mucho!
- MARIA. ¡Como yo!
- ZENETE. (*Acercándose.*)  
Señor...
- FERN. ¡Menguado!
- ZENETE. Ya están  
coronados esos riscos  
de moriscas y moriscos.
- FERN. ¡Ay! es noche de san Juan!
- MARIA. ¡Cuán pronto pasa el contento!
- FERN. El dolor es permanente.
- MARIA. Huye: aquí vendrá esa gente.  
Huye.
- FERN. Déjame un momento.

## ESCENA VI.

MARIA.—FERNANDO.—ZENETE.—COROS *de moriscos y moriscas que van descendiendo de las montañas, y se dirigen hácia el valle.*—JACINTA *con ellos.*

CORO. Moriscos, esta noche  
es noche de san Juan,  
de amores y de zambras,  
de risas y de paz.

JACINTA. Acuda la zagala  
en pos de su zagal,  
y en torno de la hoguera  
comiencen á bailar.

CORO. Moriscos, esta noche  
es noche de san Juan,

de amores y de zambras,  
de risas y de paz.

ZENETE. Ya se acercan.

MARIA. Vete.

FERN. Sí.

Esta noche de alegría  
me atormenta. Adios, Maria.

MARIA. ¡Adios!

ZENETE. ¿Voy?

FERN. Quédate aquí.

## ESCENA VII.

MARIA.—ZENETE.—JACINTA.—COROS, *que continúan bajando de la montaña y cantan la última estrofa junto á la alquería perdiéndose en el olivar que la rodea.*

JACINTA. Las aguas de los rios  
dan nieves á la faz,  
y sombra dan de amores  
los bosques de arrayan.

CORO. Los montes y los valles  
nos brindan con la paz;  
cantemos y bailemos  
la noche de san Juan.

JACINTA. Alégrate, flor del valle,  
que estás triste y pensativa,  
y es la noche de san Juan,  
noche de zambras y risas.  
Contempla las luminarias  
que en los montes y colinas,  
noche de cantos y fiestas  
gallardamente publican;  
y entre el festivo tropel  
de tus constantes amigas,  
desaparezcan tus duelos  
y entrégate á su alegría.

MARIA. Cuando en el fondo del alma  
corren lágrimas, Jacinta,  
no sienta bien, yo lo juro,  
en los labios la sonrisa.

Las penas del corazon  
tienen punzantes espinas,  
y quien pretende arrancarlas  
mas la llaga profundiza.  
Alegres canten y bailen  
las que no sufran desdichas,  
pero yo que sufro, debo  
guardar mi melancolía.

JACINTA. Comprendo: el viejo Zenete,  
este momia ó estantigua,  
de Fernando te ha traído  
malas, muy malas noticias.

ZENETE. ¡Cómo se entiende!

JACINTA. Es verdad.

ZENETE. Calle la... gata morisca  
si no quiere que le ponga  
en la frente la ceniza.  
Paso por lo de tercero  
que es oficio de propinas,  
y no cabe la deshonra  
donde está la granjería.  
Pero llamar á Zenete  
viejo, momia y estantigua,  
son tres ofensas que están  
pidiendo al cielo justicia.  
Llamarme viejo, equivale  
á dejarme poca vida,  
y así mereces la pena  
de una taimada asesina.  
Llamarme estantigua y momia  
es decir que huelo á mirra,  
y como huelo á tomillo  
has soltado una mentira.  
La momia está muerta, luego  
de la existencia me privas,  
y como momia me entierras,  
si por viejo me asesinas.  
Probado el crimen, acudo  
á Sancho...

MARIA. ¡Dios le maldiga!

JACINTA. Ves, ¡hablador! has causado  
profunda pena á María.

ZENETE. Pues juro á Dios no hablar de él.

JACINTA. ¡Calla!

*(Dándole un bofetón.)*

ZENETE. Basta que lo pidas.

JACINTA. Ahora apóyate en el brazo  
de tu siempre fiel Jacinta,  
y vamos al olivar  
que dá sombra á tu alquería.

ZENETE. Vamos...

JACINTA. Quédate, Zenete,  
viejo, momia y estantigua.

## ESCENA VIII.

ZENETE.

A fe que tiene razon  
la mal hablada Jacinta,  
y no estoy para correr  
lances de caballería.  
Las sesenta Navidades  
se me van viniendo encima,  
y se van yendo las carnes  
hasta dejarme en la espina.  
Momia soy, viejo tambien,  
y estas largas correrías  
acabarán por hacerme  
bailar en alguna encina.  
Quien acoja á Don Fernando  
tiene pena de la vida;  
¿que tendré yo que le sirvo  
de fiel correo y espía?  
Zenete, si aunque eres momia,  
esta vieja piel estimas,  
haz cuentas, métete fraile,  
ó pásate á Berbería.

## ESCENA IX.

ZENETE.—NUÑO, *que embosca algunos soldados en el olivar  
de la izquierda y se llega al morisco.*

NUÑO. ¿Cómo está el viejo Zenete  
tan solo?

- ZENETE. (¡ Santa María !)  
Yo...
- NUÑO. ¡ Malo ! tartamudeas,  
y, ó estás temblando, ó tiritas.
- ZENETE. Podrá ser, porque la noche,  
señor sargento, está fría.
- ZUÑO. ¿ Y qué haces aquí ?
- ZENETE. Tomar  
el fresco.
- NUÑO. ¿ Pues no decías  
que está la noche muy fresca ?
- ZENETE. Es verdad. ( ¡ Lengua maldita ! )
- NUÑO. ¿ Te turbas ?
- ZENETE. No señor.
- NUÑO. Veo  
que eres de aquella alquería  
perro guardian.
- ZENETE. No señor.
- NUÑO. O centinela de vista.
- ZENETE. No señor ; y si le estorbo  
y no quiere que le sirva  
en algo...
- NUÑO. Vas á servirme.
- ZENETE. ( ¡ Santa Bárbara bendita ! )
- NUÑO. Tú me dijiste que cantas...
- ZENETE. Señor, como una gallina.
- NUÑO. Y que tañes la bandurria  
con desusada maestría.  
Pues ahora vas á tocar.
- ZENETE. Si tiene rota la prima.
- NUÑO. Componla pronto, ó haré  
una cuerda de tus tripas.
- ZENETE. Pero, señor...
- NUÑO. Canta y toca,  
ó juro á las tres Marías  
que te cojo del pescuezo  
y te cuelgo de una encina.
- ZENETE. ( Lo que yo dije, bailando  
debo terminar mi vida. )
- NUÑO. ¿ Callas ?
- ZENETE. Pero, si...
- NUÑO. ¿ Zenete !
- ZENETE. ( Me va á estrangular. )

- NUÑO. ¿Vacilas?
- ZENETE. (Si de esta escapo y no muero...)
- NUÑO. Despacha, que tengo prisa.
- ZENETE. (Válgame las once mil...)  
¿Qué canto?
- NUÑO. Unas seguidillas.  
Y como sueltes un gallo...
- ZENETE. ¿Qué?
- NUÑO. ¿Qué? que te rompo la crisma.
- ZENETE. (*Puntea y canta desafinado.*)  
En una ratonera  
cayó un morisco,  
y un gato con vigotes  
le dió un mordisco.  
Tan malos ratos  
á los pobres ratones  
causan los gatos.  
(*Dá un gallo.*)
- NUÑO. Pobre raton morisco,  
me diste un gallo,  
y por las tres Marias  
vas á pagallo.  
(*Le pega.*)
- ZENETE. ¡Ay! ¡me asesina!  
Pero no le dí gallo,  
que fué gallina.  
(*Dá otro gallo.*)
- NUÑO. Este es un pavi-pollo.
- ZENETE. No: es una pava;  
bien le dije, sargento,  
que no cantaba.
- NUÑO. Luego mentia  
cuando dijo que á un cisne  
se parecia.
- ZENETE. A un cisne me parezco,  
pero en lo manso,  
que en abriendo la boca,  
me vuelvo ganso.  
(*Dá otro gallo.*)
- NUÑO. ¡Uy! ¡qué graznido!
- ZENETE. Perdóneme el sargento  
si le he ofendido.  
(*De rodillas.*)

- En una ratonera  
cayó un morisco.  
Nuño. Y pienso despeñarlo  
de risco en risco.  
Los dos. Tan malos ratos  
á los pobres ratones  
causan los gatos.  
Nuño. Calla : Suenan voces,  
ZENETE. Sí.  
Es la alegre gritería  
que en la noche de San Juan  
traen moriscos y moriscas.  
Nuño. Vienen hácia aquí.  
ZENETE. Gritando  
y saltando se aproximan.  
Nuño. Ven...  
ZENETE. ¿A dónde?  
Nuño. A los infiernos.  
ZENETE. (¡ Es el diablo ! ¡ Dios me asista !)  
(*Se entran en el olivar de la derecha.*)

## ESCENA X.

JACINTA.—MARIA.

- JACINTA. (*A los moriscos y moriscas, que hacen lo que manda.*)  
Colgad en el emparrado  
esos faroles aprisa,  
para que quede este valle  
tan claro como de día.  
(*A María.*)  
¿Qué tienes? ¿por qué no cantas?  
¿Por qué en secreto suspiras,  
y contrasta tu silencio  
con nuestra franca alegría?  
MARIA. Ya sabes cuál es la causa  
de mi tristeza, Jacinta;  
y un vago presentimiento  
me hiela y atemoriza.  
Yo no sé por qué, la noche,  
lúgubre terror me inspira,

y hasta me aterra el murmullo  
de esas ondas cristalinas.

JACINTA. Alégrate que al placer  
cielos y tierra convidan,  
y menguarán nuestro gozo  
tus negras melancolías.

*(A los moriscos.)*

Muchachos, hasta que sea  
la media noche cumplida,  
hora de bañar el rostro  
en esas aguas purísimas,  
vamos á jugar un poco  
en rueda.

TODOS. Vamos.

JACINTA. Unidas  
las manos, formad la rueda  
para que la viuda elija.

TODOS. ¿Y quién será la viuda?

JACINTA. ¿Quién ha de serlo? María.

TODOS. Sí, si!

MARIA. *(A Jacinta.)*

Tú primero.

JACINTA. Bien.

Empecemos la partida.

*(Forman rueda. Jacinta queda en medio y canta.)*

Venid, venid, zagalas  
en franca confusion  
luciendo vuestras galas  
á la luz del farol;  
pues ya tiende sus alas  
benéfico el amor.

Las niñas bonitas  
lucen su primor,  
y cumplen las citas,  
las citas de amor.

CORO. Las niñas bonitas  
lucen sus primores,  
y cumplen las citas,  
las citas de amores.

JACINTA. Amor, danzas y cantos  
nos llenen de placer,  
las penas y los llantos

- ya pierden su poder.  
CORO. Amor, danzas y cantos  
nos llenen de placer;  
las penas y los llantos  
ya pierden su poder.  
*(Jacinta se abraza á uno, se van abrazando las  
parejas, y María queda sola.)*
- JACINTA. Vamos, te llegó tu turno,  
y has de cantar, hija mia.
- TODOS. ¡Sí, sí!
- MARIA. Vuelve tú.
- TODOS. No, no.
- MARIA. Hacedme el favor, amigas,  
de dispensarme.
- TODOS. Que cante.
- JACINTA. Se empeñan: no te resistas  
mas: pues no es razon...
- VOZ. *(En los montes.)*  
Las doce.
- TODOS. Al agua.  
*(Se dirigen al rio.)*
- MARIA. Dios te bendiga.

## ESCENA XI.

JACINTA.—*Los moriscos y moriscas en ambas márgenes  
del rio.*—MARIA *en la escena.*—NUÑO.—ZENETE.—*A su  
tiempo SOLDADOS.*

- NUÑO. *(A Zenete.)*  
¿Es esa esa la Flor del valle?
- ZENETE. Sí.
- NUÑO. ¿Sí?  
*(Afirmacion de Zenete.)*  
Encomiéndate á Dios  
si mientes.
- ZENETE. ¿Acaso vos  
pretendeis?...
- NUÑO. Escuche y calle.  
*(Llegándose á María daga en mano.)*  
Flor del valle.

- MARIA.                               ¿Quién así  
pretende?...  
NUÑO.                                Quien os adora.  
MARIA.                            ¡Ah!  
NUÑO.                                Ni una queja, señora.  
MARIA.                            Pero...  
NUÑO.                                Seguidme.  
MARIA.                                ¡Ay de mi!  
NUÑO.                                ¡Silencio!  
MARIA.                                En ese puñal...  
NUÑO.                                Para vos punta no tiene;  
pero á los dos nos conviene  
que calleis.  
MARIA.                                No me hagais mal.  
NUÑO.                                *(Guardando la daga.)*  
Desechad todo temor,  
y seguidme.  
MARIA.                                Yo os imploro  
de rodillas...  
NUÑO.                                *(Cogiéndola del brazo y queriéndola arrastrar.)*  
Vuestro lloro  
no me ablandará.  
MARIA.                                *(Desprendiéndose y huyendo hácia el rio.)*  
  ¡Favor!  
NUÑO.                                Voto al mismo Lucifer  
que si mi cólera irrita...  
*(Acuden moriscos y moriscas en tropel.)*  
JACINTA.                            Flor del valle grita.  
NUÑO.                                No saldras de mi poder.  
*(Los moriscos y moriscas forman un semicírculo  
en torno del sargento que detiene á María con  
la mano izquierda y saca la espada. Murmuran,  
pero no se atreven á tocar al sargento.)*  
JACINTA.                            Repáre el señor soldado,  
que es una muchacha honesta,  
y turbando así la fiesta  
peca de desacordado.  
NUÑO.                                Calle, pues, la remilgada.  
MARIA.                                Me roba.  
NUÑO.                                Sí, por vida;  
y quien este intento impida  
hará cuentas con mi espada.  
VOCES.                                No es razon...



- MARIA. Ah!  
*(Cae desmayada en brazos de Jacinta. Varios moriscos la rodean y bañan el rostro.)*
- FERN. ¡Flor del Valle!
- NUÑO. ¡Llevadlo!
- FERN. ¡No me separarán vivo!  
*(Pugnando con los soldados que le sujetan.)*
- NUÑO. En el tronco de un olivo  
de piés y manos atadlo.
- FERN. Matadme aquí. Por favor  
os lo suplico. ¡Maria!..  
*(Los soldados le van arrastrando hácia el olivar de la izquierda.)*
- NUÑO. A la primera orden mia  
arcabucead al traidor.  
*(Se entran en el olivar los cuatro soldados, y llevan á Fernando.)*

### ESCENA XIII.

MARIA empieza á volver en sí:—NUÑO hace una seña á los soldados para que se apoderen de ella.—JACINTA se interpone entre los soldados y su amiga.—ZENETE, temblando y compungido, procura ver lo que pasa en el olivar entre los soldados y su amo. Los moriscos luchan entre el temor y la cólera; las moriscas continúan prestando socorros á María.

- NUÑO. Acabemos.  
*(Haciendo una seña á los soldados para que cojan á Maria.)*
- JACINTA. No por Dios.  
Reparad que desmayada está.
- NUÑO. Mejor. Así nada sentirá.  
*(A los soldados.)*  
Cogedla dos.
- MARIA. *(Volviendo en sí.)*  
¿En dónde estoy? Qué terrible pesadilla. Necio empeño.  
Pero no, no ha sido sueño,

que es una verdad horrible.  
(Viendo á Nuño y los soldados.)  
¿Y Fernando? ¿Adónde, di,  
se ha marchado? ¡Lloras! ¡Oh!  
¡Lo han asesinado!

JACINTA. No,

no.

MARIA. ¿Pues por qué no está aquí?

NUÑO. Vamos.

SOLD. Venid.

MARIA. No, teneos.

¿Mandan las cristianas leyes  
que lleveis á vuestros reyes  
estos gloriosos trofeos?

(Los soldados retroceden un poco. Nuño baja los ojos.)

Temblais ante mí. ¿Y Fernando?

JACINTA. Preso, esperando el castigo.

MARIA. Venid, moriscos, conmigo.

¿No los veis que están temblando?

Vosotros temblais tambien,  
raza infame, envilecida.

¿Quién honor, hacienda ó vida  
no debe á Fernando, quién?

El, intrépido, esforzado,  
os protegió de mil modos,  
y ahora pagará por todos,  
porque estaba pregonado.

Y lo abandonais, y yo  
miro vuestra cobardía.

(Poniéndose entre los soldados.)

Llevadme de aquí.

MORISC. ¡Maria!

MARIA. ¡Llevadme cautiva!

MORISC. ¡No!

(Dirigiéndose sobre los soldados.)

JACINTA. Todos su sangre darán  
por tí y por Fernando.

NUÑO. ¡Fuego!

(Los soldados preparan.)

JACINTA. Rompamos el yugo.

MORISC. Luego.

## ESCENA XIV.

MARIA *entre los soldados.*—ZENETE *escondido en los primeros olivos de la izquierda.*—JACINTA *animando á los moriscos.*—NUÑO *al frente de sus soldados: las moriscas un tanto apartadas.*—SANCHO *cruza el puente con la mayor velocidad y penetra entre los moriscos que se retiran aterrados.*

SANCHO. ¡Vil canalla!

MORISC. ¡El capitan!

SANCHO. ¿Por qué promueven osados esta ruidosa querella?  
Hablad.

JACINTA. Porque á esa doncella  
*(Con timidez.)*  
cautivan vuestros soldados.  
No hay otra en esta comarca,  
de tan buen rostro y buen talle:  
la llamamos Flor del Valle,  
y se merece un monarca.  
Bien la veis, pálida y bella  
está, señor capitan.  
Calmad por Dios nuestro afan.

SANCHO. Dejadme solo con ella.  
*(Los soldados y moriscos se apartan.)*  
Acércate, hermosa Flor.

NUÑO. Señor...

SANCHO. Déjame, menguado.

NUÑO. Está preso el pregonado.

SANCHO. ¿Don Fernando?

NUÑO. Sí.

*(Se aleja á un ademan de Sancho.)*

MARIA. Señor...

*(Cayendo de rodillas.)*

SANCHO. Levanta, Flor, y no llores  
con tan lastimoso afan,  
que mis soldados serán  
tus mas firmes defensores.  
Cese la pena cruel  
que nos martiriza así.

- MARIA. Señor, no lloro por mí.  
SANCHO. ¿Pues por quién lloras?  
MARIA. Por él.  
SANCHO. ¿Por él!  
MARIA. Sí. Noble y honrado  
es, pero lo juzgan mal.  
SANCHO. ¿Y quién es ese mortal?  
MARIA. Don Fernando el pregonado.  
SANCHO. ¿Don Fernando?  
MARIA. Por él vierto  
este llanto de amargura.  
SANCHO. ¿Es tu hermano por ventura?  
(*Con alegría.*)  
MARIA. No.  
SANCHO. ¿Es...?  
MARIA. A decirlo no acierto.  
Mostraos, señor, generoso,  
y bendito vuestro nombre  
será.  
SANCHO. ¿Quién es ese hombre?  
¿Quién es?  
MARIA. Debe ser mi esposo.  
SANCHO. ¿Tu esposo?  
MARIA. ¡Compasion!  
SANCHO. No.  
Enjuga, enjuga ese llanto,  
pues no iguala tu quebranto  
al dolor que sufro yo.  
El tu esposo, cuando muero  
de amor por tí; ¡desvario!...  
MARIA. ¡Tened compasion, Dios mio!  
SANCHO. Nuño, tráeme el prisionero.  
(*Entra Nuño en el olivar.*)  
MARIA. ¿Qué intentais? Vuestros rigores  
mi sangre dejan helada.  
¿Qué intentais?  
SANCHO. No intento nada.  
Castigaré á los traidores.  
MARIA. No derrames tanta hiel  
sobre un pecho dolorido.

## ESCENA XV.

MARIA.—SANCHO.—ZENETE.—JACINTA.—FERNANDO.—NU-  
ÑO.—*Soldados moriscos y moriscas.*

MARIA. ¡Ay!

SANCHO. ¡Don Fernando el bandido!

FERN. ¡Capitan Sancho el cruel!

SANCHO. Osado andais en mi mengua  
sin comprender vuestra suerte.

FERN. A quien no teme la muerte  
no se le traba la lengua.

SANCHO. Haré que mordazas brinden  
á vuestra soberbia loca.

FERN. Ellas maltratan la boca,  
pero el ánimo no rinden.

SANCHO. Basta.

FERN. ¿A qué vengo?

SANCHO. A morir.

MARIA. ¡Oh, señor!

FERN. Valor te pido.

SANCHO. ¿Os encontráis prevenido?

FERN. Siempre.—Os tengo que decir.

SANCHO. Hablad.

FERN. Si me dais ahora  
vuestra fé de caballero  
de respetarla, yo muero.

MARIA. Fernando.

FERN. Valor, señora.

Pero si os suplico en vano,  
si fé no me dais cumplida,  
yo prolongaré mi vida.

SANCHO. Vuestra vida está en mi mano  
y el tiempo perdiendo estoy  
en escuchar condiciones...

FERN. Para escucharlas, razones  
teneis.

SANCHO. ¡Sí!

FERN. ¡Sí por quien soy!

Pero no perdamos mas  
tiempo : ofrecedme respeto

á esa jóven, y os prometo  
no pensar en lo demas.  
Jurádmelo, y á morir  
voy. ¿ Me lo jurais ?

SANCHO. No juro.

FERN. Pensadlo.

SANCHO. No.

FERN. Me es muy duro,  
pero algo mas vais á oír.  
En una noche cerrada  
del mes de noviembre...  
(*Se detiene.*)

SANCHO. Dí.

FERN. Un capitan llegó aqui  
sin caballo y sin espada.  
Rodando de risco en risco  
iba á perecer sin duda,  
cuando le prestó su ayuda  
y su caballo un morisco.  
Como memoria, ó por paga,  
el mal herido cristiano,  
de aquel morisco en la mano  
puso una prenda.

NUÑO. Esta daga.

(*Presentando la que los soldados habrán quitado á don Fernando.*)

SANCHO. ¿ Quién la llevaba ?

FERN. Señor,  
ese morisco con ella  
defendiendo á la doncella  
quiso matarme.

SANCHO. Favor

por favor. Vete á gozar  
de la libertad perdida.  
Doy vida á quien me dió vida.  
¿ Qué esperas ? Puedes marchar.

FERN. Espero á que dejéis vos  
este lugar.

SANCHO. ¡ Fuerte empeño !

FERN. Hay prenda que tiene dueño  
y la guarda.

SANCHO. ¡ Vive Dios !

FERN. No hagais de fieros alarde.

tranquilo estoy, desarmado.

SANCHO. (Es mentira, no he pagado mi deuda, pero aun no es tarde.)  
Nuño, vámonos de aquí.

Vuestra es, Fernando, la palma.

FERN. Vuestra grandeza de alma

(*Deteniendo á Sancho.*)

ahora me ha vencido á mí.

Yo, aunque la vida os salvé,  
no os hice merced cumplida :

para un guerrero la vida  
es muy poca cosa á fé.

Vos, cediéndome la dama  
me haceis inmenso favor,  
que el objeto de su amor  
es todo para quien ama.

Pero, noble castellano,  
no tendré dicha cumplida  
si debiéndoos dama y vida,  
no me las dá vuestra mano.

SONCHO. Pues lo quieres, ha de ser.

(*A Maria.*)

Dadme la mano.

MARIA. Señor...

SANCHO. Quien os causó algun dolor,  
ahora os causa este placer.

(*Pone la mano de Maria en la de don Fernando.*)

ZENETE. Ya que escapó medio vivo  
y que el sagrado le vale,  
mas flaco y chupado sale  
el mochuelo de su olivo.

Y pasando y repasando  
vá haciendo su cortesía,  
al Capitan, á Maria  
y á su señor don Fernando.

SANCHO. Ya que por mi loco afan  
la noche empezó funesta,  
acabe en noche de fiesta.

(*Despidiéndose.*)

JACINTA. Y vos aquí, Capitan.

Todas las diestras amigas  
se estrechan con mútuo amor.

¿Y ahora nos cantarás, Flor?  
MARIA. Cantaré lo que tú digas.  
Mi intensa felicidad  
no quiero ocultar con arte.  
Tome cada cual su parte.  
¿Qué canto?

JACINTA. La soledad.

MARIA. (*Canta.*)  
La llama de amor fulgura  
y es misterioso faual  
que alumbra con su luz pura  
por siempre mi soledad  
vá con ella mi ventura.  
¡Ay! sí, con ella vá.  
Brilla radiante,  
brilla por Dios  
en una estrella  
luz de mi amor.  
¡Ay de mí! ay de mí  
¡Yo suspiro por tí!  
La luna brilla en el cielo,  
suenan las brisas del mar,  
y al rumor del arroyuelo,  
canto yo mi soledad.  
Va en sus ondas mi consuelo,  
¡Ay! sí, en sus ondas va!  
Brilla, etc.

FIN.

GOBIERNO POLITICO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Madrid 26 de Marzo de 1853.

Examinada por el Censor de turno, y de conformidad con su dictámen puede representarse.

Melchor Ordoñez.